

El ancestro

Era solo un niño de seis años cuando me llevaron a la casa del brujo mayor, una construcción de adobe en el centro de un pequeño pueblo del estado de Veracruz, con techo alto y vigas de madera en su interior. El revestimiento de yeso de las paredes estaba pintado de color amarillo y, en lugar de cuadros, hierbas y huesos pendían de los clavos.

Sentía un ligero temblor en la mano de mi madre, que me arrastró al llegar y, entre mis temores, veía, a la vez, el afilado rostro de mi padre y la sonrisa de satisfacción del chamán al percibirnos en el quicio de la puerta. Desde afuera, se podía ver que la oscuridad del interior en momentos era rota por los retazos de luz que se filtraban por las viejas cortinas, que apenas cubrían los claros de las ventanas, y por las pequeñas ascuas ardientes del brasero que hacía de centro de mesa.

Recuerdo todavía el olor del incienso a pachuli o almizcle —aún no lo sé— que nos invadió al momento de cruzar el umbral. Mis infantiles ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra del hogar y, no sin esfuerzo, reconocer los objetos cotidianos y extraños que aguardaban en el interior: la gran mesa con el sahumero humeante, solo dos sillas alrededor, y una pequeña chimenea sucia y polvorienta en la esquina más alejada de la puerta.

No olvido el miedo que sentí cuando mis padres se dieron media vuelta y salieron por donde apenas habíamos entrado los tres, y las ganas de salir corriendo que me invadieron cuando el brujo se acercó a mí... Era alto y fuerte, con los ojos lechosos tan abiertos como si quisiera aventarlos por ahí, y su sonrisa, blanca también, parecía más una mueca forzada que una invitación alegre. Pero lo que más me impresionó fueron sus manos; tenían grandes palmas y dedos largos, cada uno adornado con un anillo diferente, de brillantes piedras y engarces de oro, y uñas protuberantes y afiladas como garras. Recuerdo sus movimientos cuando me llamó para sentarme frente a él en la única silla que quedaba vacía, y cómo lo seguí por

el interior, al tiempo que me sentía hipnotizado por el movimiento de su falda de vivos colores que parecía elevarse al caminar.

Me senté y aguardé, respiraba agitado y, mientras esperaba que la tranquilidad regresara a mí, pude observar el resto de su persona. Su pecho desnudo solo vestía collares de dientes y huesos; en ese momento no me lo pregunté, pero tiempo después supe que muchos eran humanos y no todos de animales, como supuse en un principio. La piel morena y brillante perdía la perfección por cicatrices que cruzaban su torso y sus brazos. Tenía el cráneo limpio y pulido, y un par de grandes arracadas adornaban unos lóbulos prominentes y toscos. Recuerdo el momento en el que habló, y en el que todos mis temores se esfumaron de manera instantánea; poseía una voz profunda y cálida, casi hipnotizadora; me susurró de manera cariñosa, y toda la desconfianza que me había invadido hasta ese momento, desapareció. Dejé que hiciera conmigo lo que mis padres deseaban.

Cerré los ojos y, cuando tomó mi cara, descubrí que su tacto era suave. Un leve aroma rancio, hasta ese momento desconocido para mí, flotó por mi nariz mientras untaba una pasta blanda por mis pómulos y mentón. Lento y sigiloso, comenzó a cantar en un idioma irreconocible.

—Kom uit die stof en gaan die liggaam binne, kom uit die stof en gaan die liggaam binne, kom uit die stof en gaan die liggaam binne —entonaba, al tiempo que caminaba en círculos alrededor.

Silencio.

Cuando abrí los ojos, sobre la mesa había cuatro frascos de contenido extraño. Lo observé, canturreando, concentrado y absorto, mientras añadía un líquido amarillento al polvo grisáceo y ligero que se encontraba en el fondo de un pequeño caldero, que, al mezclarlo, me golpeó de lleno con un olor putrefacto y corrompido.

Incorporó una pizca de tierra y, finalmente, siete gotas de sangre que, creí, pertenecían a algún animal recientemente sacrificado.

Solicitó que me pusiera de pie de espaldas a él y, sin que lo esperara, de pronto sentí un par de cortes desde cada hombro y hasta la cintura. Lloré y quise salir corriendo al regazo de mis padres que, imaginaba, me esperaban afuera. Me clavó sus garras en los brazos para retenerme, y escuché retumbar en mis oídos el rítmico cántico que había comenzado a entonar otra vez:

—Kom uit die stof en gaan die liggaam binne, kom uit die stof en gaan die liggaam binne...

Inútilmente me retorcí tratando de deshacerme de su agarre, y el dolor de mis brazos se unió al de la espalda, al tiempo que sentía un río caliente correr. Cansado y aterrado, dejé de revolverme, comprendí, de pronto, que eso era lo que tenía que pasar. Lentamente me soltó; en mi cabeza ya solo escuchaba «*kom uit die stof en gaan die liggaam binne*», y cerré los ojos otra vez.

Me sentía en una especie de trance; mi mente y cuerpo, cansados ya, aceptaron sin resistencia que sus dedos llenos del amasijo rojo y viscoso, que lo había visto preparar, se introdujeran en mis heridas recién hechas —«*kom uit die stof en gaan die liggaam binne*»— y mezclaran mi sangre con el hueso, orín, tierra y la otra sangre. Un olor nauseabundo y fétido penetró en la habitación, mi infantil grito de angustia invadió el espacio y me desmayé.

Mis heridas aún no sanaban cuando mis padres me explicaron lo que significaba el ritual. Recuerdo su rostro agradecido cuando me dijeron que, por fin, estaba protegido.

—Ya tienes un ancestro contigo—revelaron. Y yo, ingenuamente, lo creí...

Han pasado ya veinte años desde aquel momento. Llevo días repasando las memorias de la iniciación que, intempestivamente, regresaron a mi cabeza y, ahora, no sé cuánto tiempo llevo agazapado en este rincón. Imagino que han transcurrido un par de noches desde aquella en la que me desperté sudando y helado al sentir un hálito cerca de mi cara, y al percibir tenuemente en el ambiente ese aroma que tanto detesté: el olor a muerte, a sangre y descomposición. Evoco esa primera vez que corrí hacia el vano de la puerta a encender la luz, como en un reflejo pueril, solo para encontrar el cuarto vacío a mi alrededor, y cómo lo sucedido me había parecido solo una pesadilla angustiada y terrorífica al amanecer. Una pesadilla que se repetiría el día siguiente, y el siguiente también, en un ciclo extraño y eterno... hasta hoy, cuando aterido me desperté y el olor lo invadió todo. Esta vez, la putrefacción no dejó un milímetro de la habitación sin tocar, las cicatrices de mi espalda comenzaron a escocher y, al momento, sentí un líquido viscoso y tibio correr por mi espinazo herido y erizado.

Sé que en algún momento logré levantarme de la cama y alcancé el apagador. El cuarto está iluminado y, desde hace unos minutos, una sombra que no es la mía se encuentra sobre mí. Pensé que era producto de mi cerebro cansado y confundido, pero me he equivocado. El espejo frente a mí me muestra la última visión que tendré: entre el dolor y el asco, distingo sobre mi cuerpo la forma de un cuerpo en cuclillas que descansa sobre mis hombros, dueño de una cabeza en la que sobresalen los dientes, y un rostro oculto bajo una mata de pelo negro que casi puedo tocar. Con la vista nublada y creciente pavor, he percibido los movimientos lentos de sus manos acercándose hacia mi cuello; casi puedo sentir su roce sobre mi piel... *«Del polvo sal y entra en el cuerpo», «kom uit die stof en gaan die liggaam binne, kom uit die stof en gaan die liggaam binne».*